

# ABRAZAR LA LLAMADA A DESPERTAR DE LA NOCHE, DEL ACOMODAMIENTO Y LA DESESPERANZA

*Michael Moore, OFM<sup>1</sup>*

## Resumen

En tiempos de oscuridades, el acomodamiento y la desesperanza se erigen como dos grandes y paralizantes tentaciones, que conforman un círculo vicioso-infernal puesto que el acomodamiento, a la larga, produce desesperanza, y la desesperanza lleva al acomodamiento porque se cree que ya nada se puede cambiar. En medio de la/s noche/s, estamos convocadas/os como Vida Religiosa a alzar la cabeza y contemplar una vez más, "la esperanza que no defrauda" (Rm 5,5): la que experimentó Jesús de Nazaret en su misterio pascual, transido dialécticamente de vida, muerte y resurrección. Allí se nos revela que la vida tiene la última palabra y se nos abre el futuro absoluto de Dios, hacia el cual debemos animarnos a caminar despiertas/os.

**Palabras clave:** Esperanza, desesperanza, misterio pascual, Nicodemo, Horizonte Inspirador.

## Despertar de la noche...

El encuentro entre Jesús y Nicodemo se fragua en la noche (cf Jn 3,2). En la noche que marca el *kronos* cuando ya la ausencia de luz indica que la tarde va muriendo, y en la noche que anuncia un *kairós* como posibilidad para que surja algo distinto, un nuevo amanecer.

---

<sup>1</sup> Religioso franciscano, argentino, licenciado en Filosofía por la Universidad del Salvador (Buenos Aires) y doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Actualmente es profesor ordinario de la Universidad Católica de Córdoba, e invitado de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas y de la Universidad Católica de Bolivia. Es miembro de la Sociedad Argentina de Teología y del grupo de teólogos/os asesores de la CLAR (ETAP). Sus intereses en la investigación y publicación se centran en cuestiones fronterizas de Teología fundamental, Cristología, Ecoteología, Franciscanismo y diálogo con la Literatura.

La noche tiene muchos rostros, aunque todos tengan el mismo color: el de la oscuridad que atemoriza, paraliza e invita a dormir. La noche del sin-sentido que, desde hacía algún tiempo, seguramente atenazaba a Nicodemo, comienza a abrirse cuando ese maestro de la ley “decide” despertarse y salir. El gesto de levantarse y ponerse en camino es el indicio claro del inalienable don de la libertad de la creatura y del respeto que por ella tiene su Creador. Como en la famosa parábola del Padre misericordioso, hasta que el hijo menor no es capaz de caer en la cuenta de que está habitando la noche de un país lejano (cf. Lc 15,13.17 ss.) y asumir el riesgo de desandar su camino de des-humanización, el Padre –que lo estaba esperando desde siempre– no puede abrazarlo para re-crearlo. Del mismo modo, podemos imaginar que durante mucho tiempo Jesús de Nazaret esperaba a Nicodemo, como también esperaba al borde del pozo a la samaritana (cf. Jn 4,1-29)... y nos espera a cada uno de nosotras/os en cualquier esquina de nuestra historia. Pero, mientras que el buen fariseo no asuma el desafío de surcar la noche e ir al encuentro de ese otro rabbí, nada podrá suceder.

También Nicodemo tuvo que “levantarse”, señal de que antes estaba dormido: dormido entre las viejas tradiciones que ya no le permitían vivir despierto, sino sonámbulo, entre inercias que poco a poco lo iban matando en vida. Porque hay leyes que liberan y leyes que asfixian. Y hay actitudes frente a las normas propias de adultos y otras propias de infantes. Y hay Dioses que vivifican y dioses que matan. En medio de la noche, de *su* noche, Nicodemo se sentía doblemente amenazado: quedarse acomodado en la ley antigua (aunque ya no lo salvara) o caer en una desesperanza alienante. Sin embargo, ese maestro, escuchó la llamada sutil del Espíritu y se animó a salir, a buscar, a ensayar...

### **...del acomodamiento y la desesperanza...**

En las situaciones de crisis, de oscuridad, una primera tentación puede representar la postura del “*non innovatur*”: dejar las cosas como están, ensayando acomodarse a vivir entre brumas. Pero es saludable avisar que una cosa es ser conscientes del *principio realidad* (no pedirle a la realidad más de lo que ella pueda dar) y otra es apoltronarse olvidando el *principio esperanza* (pedirle a la realidad lo que, pudiendo, todavía no

dio). Ambos vectores conviven en tensión dialéctica y piden por un serio discernimiento para un saludable equilibrio.

La Vida Religiosa, especialmente en aquellas órdenes, congregaciones o institutos que tienen una larga historia y tradición, corre más fácilmente el peligro de sucumbir al mandato, supuestamente apodíctico, del “acá siempre se hizo así”. Un mandato que renace con vigor en tiempos de incertidumbre. Volver a lo que antes dio resultado... pero olvidando que el hoy ya no es el ayer. Porque no solo hay profundos cambios coyunturales (disminución numérica, pérdida de relevancia social, aumento exponencial de la media de edad, etc.) sino cuestiones de fondo que refieren, por ejemplo, a repensar la misma identidad de la VR, es decir, aquella especificidad que nos distingue de otras formas de habitar el mundo desde la Iglesia como consagradas/os. Atañen tanto a la teología que la define y alimenta (ortodoxia), como a la praxis que la despliega (ortopraxis).

Esa decisión por mantener el *status quo* en nuestra vida diaria y en nuestra misión puede surgir de la inseguridad ante los cambios que piden a gritos ser asumidos y/o de la incapacidad de seguir preguntándose. Pero la realidad está presionando de tal manera que, mirarla de frente, se hace cada vez más impostergable. Intuyo que este acomodamiento surge –incofesada y a veces inconscientemente– del gozar de un estilo de vida sin mayores complicaciones. En muchas partes –aunque no en todas– como religiosas/os tenemos la existencia asegurada: techo, comida, salud, cultura, reconocimiento... ¿Para qué cuestionarnos demasiado? No sea cosa que... Pero el ser humano es un animal que (se) pregunta. Que es capaz de ob-jetivar cualquier realidad, tomar distancia crítica de ella y cuestionarla-cuestionándose. Por eso, cuando dejamos de preguntarnos nos des-humanizamos. Morimos en vida. Si tenemos un mínimo de honestidad existencial, debemos asumir la pregunta y dejarnos desinstalar por la respuesta. Porque si no lo hacemos *motu proprio*, tarde o temprano, la vida misma con sus vaivenes nos enrostra el interrogante sobre qué estamos haciendo con el don que ella es. Resulta difícil escapar por siempre a la cuestión del sentido, al sentido de la cuestión y al cómo las vamos respondiendo desde la vida-vivida (no la imaginada).

Por otra parte, el acomodamiento fácilmente puede conducir a la falsa convicción de que ya nada puede cambiar y sepultarnos, entonces, en

una desesperanza fatalista. En general, más que un sentimiento o una anti-virtud proclamada y asumida, esa actitud semeja un vaho que todo lo humedece y lo enmohece: "por qué no contentarnos con lo que tenemos y somos, algo es algo y es más que nada"; "arriesgarnos puede llevarnos a perder lo poco que conservamos"; "no tenemos certezas de que lo nuevo sea mejor que lo que debemos dejar"; "somos pocos y avejentados: es tiempo de descansar"; "para qué seguir intentando si ya hemos fracasado tantas veces", etc., etc., son pensamientos que sutilmente, en voz baja, sibilinos, se enroscan en nuestros corazones y luego en nuestros pies para impedirnos andar con un mínimo de osadía. Los sentimientos de resignación, fracaso, inutilidad y hasta sin-sentido comienzan a envenenar nuestras comunidades. Toda crisis de esperanza es también una crisis de fe y viceversa. Lo peor, que puede desembocar en una crisis de caridad, puesto que nos inhibe para la entrega.

En síntesis, el acomodamiento, a la larga, produce desesperanza y la desesperanza lleva al acomodamiento porque se cree que ya nada puede cambiar. Es una suerte de círculo vicioso, infernal, que nos puede hacer descender hasta lo patológico. Las depresiones y las adicciones varias, entonces, golpean a la puerta.

Creo que esta situación debe llevar a plantearnos sinceramente, una vez más: ¿dónde o en quién basamos nuestra esperanza?, ¿en nuestras solas fuerzas o en Su promesa?, ¿en el presente anochecido o en el futuro posible? Volver la mirada a Jesús y fijar los ojos en Él (cf. Heb 12,2) se torna imprescindible para poder renacer desde una esperanza cristológicamente fundada.

### **... a la esperanza pascual**

"Abrazar la llamada a despertar de la noche del acomodamiento y la desesperanza" exige, pues, volver a las raíces de nuestra vida teologal para beber de la esperanza pascual, "la que no defrauda" (cf. Rm 5,5). Hay que re-aprender a esperar como Jesús lo hizo, en Dios, sostenido por la fuerza del Espíritu. Pero en cuanto contemplamos su vida con una mirada realista, liberada de *aprioris* dogmáticos y espiritualismos ingenuos, caemos en la cuenta de que la esperanza cristiana nada tiene que ver con un optimismo superficial.

En efecto: Jesucristo es el modelo de nuestra esperanza y esta se fundamenta en la promesa del Dios vivo. Pero esa promesa se cristaliza en la realidad desde los resquicios que abre nuestra libertad. Porque Dios se reserva la primera (creación) y la última palabra (consumación); pero la del "mientras tanto" de la historia es una palabra compartida que se fragua en el encuentro de dos libertades: la divina y la humana. En vano e injustamente clamaríamos al cielo para que resuelva nuestras tensiones y problemáticas: la historia está en nuestras manos... y nuestras manos sostenidas por las de Dios. Por eso, nada ocurrirá sin que nosotras/os queramos que ocurra. Nada cambiará si no nos decidimos nosotras/os cambiar. Esperanzar no es esperar sentados. La ayuda y el sostén discreto de la gracia debemos darlo por descontado. Dios es el que siempre está. Resta el espacio de nuestra libertad: "mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos" (Ap 3,20). Pero esa voz se pronuncia en tono menor: hay que agudizar el oído y callar ciertos ruidos. Dios invita, seduce, propone, pero nunca impone. Tan cierto como que solo se puede volver a nacer por la fuerza del Espíritu (cf. Jn 3,5-7) es que solo se puede renacer si nosotras/os permitimos que el Espíritu actúe. Los dos "solo" tienen el mismo peso: "sin confusión, pero sin separación".

Cabe entonces subrayar que la esperanza cristiana es eminentemente pascual: se teje con hilos de vida, muerte y resurrección. Como la misma historia, que avanza dialécticamente desde el transcurrir de días, noches y nuevos amaneceres. Así, también la vida de Jesús de Nazaret estuvo transida de esas tensiones. Sin duda, comenzó su misión lleno de esperanza, apoyado en el corazón de su Abba, y esperando que las mujeres y hombres de su tiempo se abrieran a la Buena Nueva tal como él la había acogido: nuestro Dios es un Dios de vivos, que ama la vida de todas/os sin ningún tipo de distinción (con una "confesada" predilección hacia aquellos que nadie ama) y que nos invita a vivir como verdaderas/os hermanos, hijos de un mismo Padre. A eso consagró los años de su ministerio, con palabras y con gestos, a tiempo y a destiempo. Pero también tuvo que aprender a "esperar contra toda esperanza" (Rm 4,18) cuando su oferta gratuita y universal de salvación comenzó a incomodar a aquellos que pretendían tener el poder de determinar quién podía esperar (salvación) y quién no. A los poderosos de turno les suele gustar adueñarse de las

llaves del Reino. Conviene entonces recordar lo que más de una vez les advirtió el maestro a esos “guardianes de la fe” de ayer y de hoy: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Vosotros ciertamente no entráis, pero además impedís el paso a los que están entrando” (Mt 23,13).

Claro que advertencias de ese tipo, que abrían la esperanza a los más desesperanzados y que deslegitimaban a los que se sentían tan seguros, terminó costándole la vida. Y, probablemente, su esperanza sintió tambalearse. Porque, desde lo alto de la cruz, también él escuchó el desafío que lanzaban al aire los que pasaban por ahí: “Si es el Hijo de Dios que baje de la cruz y creeremos en Él” (cf. Mt 27,40; Mc 15,31; Lc 23,35). Pero su Padre “no cedió” a la tentación del milagrerismo como tampoco lo había hecho su Hijo en el desierto. No transó con los demonios del “mesianismo barato” (parafraseando a D. Bonhoeffer). Y, entonces, también Jesús tuvo que esperar/confiar en que la muerte no tendría la última palabra sobre su vida. Porque cuando lo bajaron de la cruz, ya era un cadáver. Es que la esperanza divina no se convalida violentando las libertades humanas, sino reservándose la “sentencia” definitiva: la de la resurrección.

Hoy sabemos con la certeza que nos da la fe que en verdad el Hijo resucitó. Que la muerte no tuvo la última palabra, puesto que el Padre lo rescató de sus tenazas desesperanzadoras. Y que, rescatándolo, lo “sentó a su derecha”, esto es: lo confirmó en su identidad y misión. Aquel profeta itinerante antes marginalizado-crucificado y ahora resucitado, en verdad era su Hijo muy amado. Y la propuesta humanizadora del Reino por él personificada, era lo que Dios quería.

\*\*\*

La escena de Getsemaní, en la versión de Lucas, termina con la misma exhortación con que comienza: “recen para no caer en la tentación” (Lc 22,40.46). El evangelista no especifica de qué se trata. Entonces, a mí me gusta imaginar que alude a la tentación de creer que la noche –en la cual estaban sumergidos– sería lo último. También a nosotras/os pueden pesarnos hoy los párpados por el acomodamiento y la desesperanza.

Estamos invitadas/os, pues, en medio de nuestras oscuridades a alzar la cabeza y contemplar una vez más la figura de Jesús de Nazaret, el Vencido-Viviente. Y recordar que nuestro referente primero y último también escribió su biografía desde el difícil diálogo entre esperanza/s y desesperanza/s.

En el horizonte pascual, el domingo de resurrección –que no anula ni el viernes de dolor ni el sábado de silencio– nos recuerda que lo último es la Vida que vence, negando así que lo real sea fatalistamente cíclico y recordando que la historia no se agota en el pasado ni en el aquí y ahora penumbroso. Por eso, nos empuja a negar las pretensiones insolentes y absolutas del presente nocturno, su supuesto carácter sagrado, circular y cerrado, y nos invita a romper la tendencia a instalarse en lo ya dado, en la sociedad y en la Iglesia.

En efecto: el Crucificado-Resucitado, “saliendo de la tumba”, abre la historia al *novum* del por-venir, a un futuro nuevo-posible... que sólo es auténtico cuando integra el pasado. De lo que se trata es de intentar que el mañana no sea mera repetición de un presente indeseado, sino realmente abierto y nuevo, y esto no es solo asunto que concierne a la razón utópica, sino también a la razón anamnética, es decir, a la memoria que recupera, incorporando –humildemente– nuestros fracasos y las víctimas que fueron inmoladas por nuestras apuestas poco evangélicas.

La Vida Religiosa, como la misma condición humana, es don y tarea. Esto último porque depende, en gran medida, de nuestras opciones en el presente. Pero también y al mismo tiempo es don, ya que la libertad no puede anticipar totalmente lo que será. Es construcción y sorpresa, es continuidad y novedad. El ser humano, en cuanto espíritu encarnado no puede soportar el tiempo como destino, sino que debe vivirlo como tarea, de allí el primado de la “dimensión futuro” en la comprensión de su existencia en el tiempo. En todo caso, estamos invitadas/os a “abrazar la llamada a despertar de la noche del acomodamiento y la desesperanza” porque sabemos de quien nos hemos fiado (cf. 2 Tim 1,12) y creemos –contra toda esperanza (cf. Rm 4,18)–, que no solo existe lo tópico y lo distópico, sino también lo utópico.